

COFRADÍA LAS SIETE PALABRAS
José Heras Rodríguez, párroco de Santiago Apóstol y Santísimo Salvador

Homilía

SEMANA SANTA 2013

Sermón de las Siete Palabras

29 de marzo de 2013

«*Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios*» (Mc 15,39). Fue el grito del centurión romano al expirar Jesús. Su respuesta a las siete palabras, que escuchó con el corazón. La confesión de fe de un pagano que vio, oyó y creyó.

También yo confieso... perdón, nosotros confesamos, en este Año de la fe, en esta mañana de Viernes Santo y en Valladolid, lugar de autos de fe, que el que grita las siete palabras es Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador. Confieso, con mis debilidades y espaldas dobladas, que Cristo es el verdadero *Ecce Homo*, el que endereza a las personas, a las familias, a las ciudades, a las naciones que ya se doblan. Profeso con gozo y gratitud la fe en Jesucristo. Es el mayor regalo, transmitido, principalmente, por mis padres y catequistas, en Pozal de Gallinas, mi pueblo querido.

Queridos hermanos y hermanas: Hemos venido a escuchar las palabras de Jesús crucificado, el que, siendo de condición divina, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo. Saludo, en primer lugar, a los que más sufrís el peso de la cruz, presentes acá, en esta Iglesia Catedral, o en otros lugares, y a todos los que seguís este acto a través de las ondas. Saludo a todos los presentes: Sr. Arzobispo, autoridades civiles, militares y eclesiásticas, que servís al bien común. Saludo a la Junta de Cofradías y a cada cofrade; especialmente a los de las Siete palabras, a quienes agradezco su invitación y confianza. Saludo también a los turistas, a los curiosos y a los vallisoletanos en general. Todos somos peregrinos,

que tiene la puerta abierta —*Porta Fidei* se titula la Carta Apostólica de convocatoria del Año de la fe— por la llave de los clavos. Confesemos hoy, con todos los sentidos: "Creo..."

1. *«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»*

«Y cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", lo crucificaron allí, a Él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"» (Lc 23,33-34).

¿Qué es la cruz? Un árbol. «¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza. Jamás el bosque dio mejor tributo en hoja, en flor y en fruto!», hemos rezado en el Himno de Laudes esta mañana santa. Del árbol de la cruz, donde está clavada la salvación del mundo, cae hoy el fruto del perdón del Padre. «De ti, madero santo, nos viene la redención», cantaremos esta tarde en todas las comunidades. Sabéis que en el paso de esta palabra está el Cristo de los Trabajos, de Laguna de Duero, una advocación muy sugerente hoy, ante la realidad lacerante del paro. Quizás tú, que estás escuchando, ves imposible encontrar trabajo.

Las tres primeras palabras del Crucificado no buscan gritar su sufrimiento; le duele más tu sufrimiento. «Y llevó los pecados de muchos e intercedió por los culpables» (Is 53,12). Pendiente de la cruz, Jesús oye los insultos de los paseantes, la burla de las autoridades, el silencio pasivo y apático de la gente que estaba allí mirando, y, en vez de quejarse y pedir venganza contra ellos, rompe su silencio para hablar con el Padre bueno y pedir el perdón. En esta oración no se acuerda de sus penas ni pide ayuda en su aflicción. Pide perdón sin nombrar a nadie, porque no quiere excluir a nadie, y a cada golpe responde con perfumes y flores: «Perdónalos».

Perdón a los que se burlaron, lo clavaron en la cruz y echaron a suerte sus vestidos.

Perdón a Pilato, que pronunció la sentencia y se lavó las manos. A los que gritaron «¡crucifícalo!».

Perdón a los sumos sacerdotes y letrados que lo acusaron falsamente.

Apúntate a esta apuesta atrevida de Jesús; a esta cultura de la misericordia y de la ternura. Es una salida para la crisis y una forma nueva de afrontar conflictos, porque nada pesa tanto como la incapacidad para perdonar.

Mirando a Jesús, o mejor, por Cristo, con Él y en Él, nos dirigimos al Padre, al que nos regala en esta palabra, y profesamos: *«Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra»*.

Creo en Dios Padre, que no envía a nadie a la hoguera. Que *«está deseoso y gozoso de estar con sus hijos»*, como decía santa Teresa de Jesús; que nos ha creado para hacernos partícipes de su felicidad.

Alabo al Creador que no abandona la obra de sus manos, y nos llama cada mañana a recrear el mundo. Creo en Dios origen, guía y meta del universo, que quiere que el mundo sea una gran casa y una gran familia.

Creo en Dios, que perdona siempre y hace salir el sol y llover sobre todos, malos y buenos. Creo en el Dios revelado por Jesús y entregado en esta palabra.

2. *«En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso»*

«Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: "¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros". Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: "¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo". Y decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino". Jesús le dijo: "En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso"» (Lc 23,39-43).

La cruz, árbol de perdón en la primera palabra, se convierte ahora en puerta que lleva al paraíso: *«Mirad de par en par el paraíso, abierto por la fuerza de un cordero»*, hemos proclamado también hoy en el Himno de Laudes. Cristo nos abrió todas las puertas, nos ganó todas las batallas, como el Cristo del paso de esta palabra. Las tres cruces parecían iguales y los tres crucificados parecían morir igual.

de Jesús? ¿Puedes apropiarte del Señor?”. Descubrí que el Señor logra que nadie nos pueda robar la esperanza.

¿Y qué es el "Paraíso"? Es *«tener la luz, la paz, la casa juntas»* (José Luis Martín Descalzo). No son los paraísos turísticos, y menos los fiscales, que engañan con la felicidad y crean más barreras de injusticia. El paraíso que no engaña es el que lleva a la verdad, y ese es Jesucristo.

Con los ojos fijos en Él, como el Buen Ladrón, al que san Anselmo llama venerable mártir, le pido que *«derrame sus mercedes sobre nosotros para poder gozar de la Gloria, como el Buen Ladrón en el Reino de los cielos»*. Con los ojos fijos en Él, como el Buen Ladrón, del que san Agustín dice que hace profesión de fe al llamar a Jesús Redentor y Señor, yo también confieso en esta mañana: *«Creo en Jesucristo»*.

Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios, que descifra el misterio de Dios y del hombre.

Creo en Jesucristo, que pasó haciendo el bien y predicando el Reino de Dios.

Creo en Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte.

Creo en Jesucristo, que camina con nosotros y regala el Paraíso... Es el Señor.

3. *«Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre»*

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la recibió como algo propio» (Jn 19,25-27).

La cruz, árbol y puerta en las palabras anteriores, se convierte ahora en casa, y de ella brota el fruto de la nueva familia: la Iglesia. En la fe cristiana también es troncal ser Iglesia, hacer comunidad, engendrar hijos nuevos. Cerca de los crucificados se permitía estar a los familiares. Y las madres siempre

Un Espíritu que, como me decían unos jóvenes de aquí, está alentando a la sociedad, para que escuche los gritos de los desahuciados y se abran las casas para todos; a las familias, para que cuiden, no solo lo material, sino también lo máspreciado, que son las personas que nos rodean, especialmente los mayores; a los cristianos, para que miremos más a María, Madre y modelo de la Iglesia; y a la Iglesia, para que sea más samaritana, hogar y posada para todos, especialmente para los más pobres.

Recordando al Cristo del Amparo de Gregorio Fernández, que preside esta palabra, dando voz a la nueva familia, y en este Año de la fe, unido a vosotros, cofrades (*cofratres*, ‘cohermanos’), profeso que *«creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica»*.

Creo en la Iglesia, que es la gran familia de los que creen en Jesús y lo siguen.

Creo en la Iglesia, Pueblo de Dios, que escucha, se deja guiar por el Espíritu Santo y es luz para los pueblos.

Quiero a la Iglesia, mi madre.

Sueño con la Iglesia pobre y servidora querida por Jesús, donde cada cofradía es, en pequeño, tu iglesia.

Las dos palabras que siguen son una mirada de Jesús hacia sí mismo, y expresan el dolor físico por la sed y por el desconsuelo interior.

4. *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

«Al llegar la hora sexta, toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: "Eloí, Eloí, lema sabactaní" —que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"—. Algunos de los presentes, al oírlo, decían: "Mira, llama a Elías"». (Mc 15,33-35).

La cruz, árbol, puerta y casa, se convierte ahora en zarza ardiente, como la que contempló Moisés

3-2013 en Lahore (Pakistán). También están los silencios y las quejas lacerantes, especialmente en las manifestaciones contra la corrupción, el paro..., que tanto han escuchado y llorado las piedras y los adoquines de nuestra querida plaza Mayor. Las hermosas imágenes de los 32 pasos, ¿no expresan esos gritos del hombre y de la mujer? ¿No nos invitan a un "atrio de los gentiles", donde creyentes o no dialoguemos juntos sobre las cuestiones siempre actuales de la vida y la muerte, la crisis y el bienestar, Dios y el hombre...?

Ante tantos gritos, en época de desgarros, la Iglesia, siguiendo al Maestro, no puede taparse los oídos ni mirar a otro lado, porque *«el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los discípulos de Cristo, y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón»* (Gaudium et spes, 1). Y eso es nueva evangelización.

Ante tantos gritos de dolor, *«creo en la comunión de los santos»*, en la *«comunión en las cosas santas y comunión entre las personas santas»* (Catecismo de la Iglesia Católica, 948), en la comunión de vida, de bienes, de carismas y de los gritos de abandono. Sueño con una Iglesia, con unas cofradías, con una ciudad, que estén ardiendo —¿no lo indican así las llamas de nuestro querido escudo?— con el fuego misericordioso de la cruz.

Pensando en los gritos de los más pobres de la tierra y en mis quejidos "por nada", por cualquier cosa, quiero dar voz a Gabriela Mistral en su poema de Viernes Santo, al que Martín Descalzo tenía especial cariño, y decir, mirando al Cristo: *«En esta tarde, Cristo del calvario, vine a rogarte por mi carne enferma; / pero al verte, mis ojos van y vienen de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza. / ¿Cómo quejarme de mis pies cansados, cuando veo los tuyos destrozados? / ¿Cómo mostrarte mis manos vacías, cuando las tuyas están llenas de heridas? / ¿Cómo explicarte a ti mi soledad, cuando en la cruz alzado y solo estás? / ¿Cómo explicarte que no tengo amor, cuando tienes rasgado el corazón? / Ahora ya no me acuerdo de nada, huyeron de mí todas mis dolencias. / El ímpetu del ruego que traía se me ahoga en la boca pedigüeña. / Y solo pido no pedirte nada, estar aquí, junto a tu imagen muerta; / ir aprendiendo que el dolor es solo la llave santa de tu santa puerta. Amén»*.

los pueblos explotados por intereses comerciales, que buscan cómo tener agua para su desarrollo; es la sed de las personas del tercer mundo que recorren caminos tortuosos para recoger agua de un pequeño manantial.

Jesús, que pide agua, también la ofrece. Él gritó en pie, el día más solemne de la fiesta de las Tiendas: *«El que tenga sed, que venga a mí y beba»* (Jn 7,37). Regaló su agua desde que *«se hizo carne y habitó entre nosotros»*, y dio un sentido nuevo al agua en el Bautismo: ser *«hijos de Dios»* (Jn 1,12). Y ahora, crucificado, el agua y la sangre brotan de las manos, los pies y el costado abierto. Porque Jesucristo es el nuevo templo del que manan aguas cristalinas que van saneando los cauces y riberas, y los van llenando de vida, como profetizó Ezequiel (cf. Ez 47). Jesucristo crucificado, que grita *«tengo sed»*, es la fuente que mana y corre, aunque es de noche. Así lo vivió Juan de la Cruz, que bebió de esta agua en Valladolid: *«Aquesta eterna fonte está escondida en este vivo pan (roto cuerpo) por darnos vida, aunque es de noche»*.

¿Y hoy? *«No hay persona que en su vida no se encuentre junto a un pozo con un cántaro vacío, como la samaritana, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen a la sed del hombre, pero conviene hacer discernimiento para evitar aguas contaminadas. Estamos llamados a sentarnos en los nuevos y viejos pozos de Sicar para proponer a las personas de hoy el agua siempre nueva y sanadora de Jesucristo»* (Mensaje final del Sínodo sobre la nueva evangelización, 1).

Queridos jóvenes: ¿No salís con el cántaro de vuestra vida a llenarlo de sentido, de trabajo, de valores, y os sentáis en muchos pozos que ofrecen pero no sacian? Uno de vosotros me ha confesado, en forma de crítica seria: "Tampoco la Iglesia, a la que llamáis fuente de la vida, nos ofrece un agua cristalina".

Queridos cofrades: Hoy, que nos han dicho que vivimos por encima de nuestras posibilidades, en realidad vivimos por debajo, porque teniendo el agua viva bebemos de cisternas contaminadas. Sed fuentes en medio de nuestra ciudad.

Queridos creyentes, queridos padres y catequistas: ¿Es difícil transmitir la fe, despertarla en la noche? Aun en la noche impenetrable, sin luz propia, sin luna, que simplemente la fuente, es la luz que nos

Es música para escuchar y orar, también desde tu teléfono móvil. Según la Carta a los Hebreos, Jesús, *«al entrar en el mundo, dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... Entonces yo dije: He aquí que vengo... para hacer, ioh Dios!, tu voluntad»* (Hb 10,5-7). Al entrar en el mundo, Jesús firmó al Padre un cheque en blanco, y ha sido fiel, lo ha cumplido.

Cumple la tarea en Galilea, en Samaria, en Judea y también al otro lado del Jordán. Realiza la misión con los judíos y paganos, y se conmueve especialmente ante los pobres y los débiles. Jesús, en la oración sacerdotal, casi al final de la jornada de su vida terrena, dice al Padre: *«Yo te he glorificado sobre la tierra; he llevado a cabo la obra que me encomendaste»* (Jn 17,4).

Ahora contemplamos en la cruz cómo ha llegado a la meta. Ha realizado la dura tarea sin ningún tipo de dopajes ni de corrupción. Pese al dolor, ha terminado bien la misión de Siervo. Su poder ha sido servir. Y grita: *«Todo está cumplido»*; todo está consumado; todo está restaurado. La cruz es el culmen luminoso de una vida entregada. Su cuerpo roto es el cuerpo partido y entregado en la Eucaristía, que, como decimos, es *«el sacramento de nuestra fe»*. La consumación de la obra mesiánica será la comunicación del Espíritu a su Iglesia. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, sobre todo Pedro y Pablo testifican que en Jesús se han cumplido todas las Escrituras (cf. Hch 3,18).

«Todo está cumplido» es la voz que sale hoy del Cristo que preside esta palabra, el del pueblo de Bercero, que no solo lo ha prestado a las cofradías para unos días de pasión, sino que con Él está entregando la vida generosa de los pueblos. En su grito, muchos que somos de pueblos pequeños nos preguntamos: ¿Es que todo está cumplido y consumado para el mundo rural? Sí hay salidas.

¿Treinta y tres años, y vida consumada? ¿No es la de Jesús una vida malograda, sin tiempo para cumplir tan gran misión? No. Solo muere malogrado quien muere inmaduro. Jesús es el mejor fruto salido de la semilla, de la que tanto habló en sus parábolas. Es el *Ecce Homo*, rechazado, despreciado, burlado, excomulgado, suspendido, echado en el basurero, apartado de la vista, que se convierte en el verdadero modelo de persona, el *Ecce Homo* que todo lo hace nuevo y nos pasa por la cruz a la luz. Es el Maestro.

Con Él estamos empujados de la apartación del cristianismo a la humanidad. Con Él, centinela por

La cruz es para todo aquel que está dispuesto a cargar con ella. Es fecunda y florecerá, aunque parezca seca.

El bastón es para aquel que desee vivir la existencia como vocación, y, en especial, para los pastores, que deben amar y no aprovecharse de las ovejas.

También quiero dejar como legado a la humanidad entera las actitudes que han guiado mi vida y deseo que guíen también la vuestra (están en las siete palabras): la alegría, la humildad, el servicio, mi agua, mi hombro, mi perdón, mi Vida entera, Yo mismo. Os lo entrego todo para que cada jornada podáis decir: 'Todo está cumplido'. Cumplid con libertad y alegría la misión encomendada por el Padre. Estaré siempre con vosotros. Jesús”.

Agradecido por la vida cumplida y entregada del Maestro, profeso que sé de quién me fie y sé quién me acompaña hasta la vida eterna: *«Creo en la vida eterna»*.

Creo en la vida eterna, que comienza en el Bautismo, va más allá de la muerte y no tendrá fin.

Creo en los cielos nuevos y la tierra nueva, donde habita la justicia.

Creo que la verdad, la bondad y la belleza resplandecerán siempre.

Creo en el Dios de la vida, que tiene la última palabra.

7. «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»

«Era ya la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu" Y, dicho esto, expiró. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo: "Realmente, este hombre era justo"» (Lc 23,44-47).

La cruz, árbol, puerta, casa, zarza ardiente, manantial y vid, se convierte en cavado del Buen Pastor.

Permitidme dar voz a un matrimonio de la Parroquia *Santísimo Salvador* que vivió la muerte de un hijo de seis años: "A nosotros, Rosi y Alberto, nos resuena cada día esta palabra de Jesús. La última palabra que pronunció nuestro hijo Gonzalo fue precisamente "mamá"; sabemos, porque así nos lo dice nuestra fe, que en todo momento tenemos un Padre, un *Abba* que nos sostiene, aunque humanamente todo falle y el sentimiento de fracaso nos ronde. Él no deja de mirarnos, de derrochar gracia... La confianza que demostró Jesús crucificado nos habla de un Amor ciego que se rinde ante quien lleva grabado su nombre en la palma de su mano".

«*En la palma de su mano duerme ya la noche, la muerte*», proclama otro Himno de Completas. En la mano de Dios hay un lugar para todos. La oración del ritual de exequias, después de ser colocado el cuerpo en el sepulcro, también pone al que ha muerto en las mejores manos: «*A tus manos, Padre de bondad, encomendamos el alma de nuestro hermano, con la firme esperanza de que resucitará*». Meditando esta séptima palabra de Jesús, Carlos de Foucauld hace su oración de la confianza: «*Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea, te doy las gracias... te amo y necesito darme, ponerme en tus manos, sin medida, con una confianza infinita, porque Tú eres mi Padre*».

Esta palabra la dice Jesús con voz potente; fue más fuerte que el sonido del *Shofar*, que está a punto de anunciar el inicio del descanso de la Pascua. El grito de Jesús es más que voz. Su fuerte clamor es de parto. Nace un mundo nuevo y se rasga el velo del Templo. Todo su espíritu lo recoge el Padre en sus manos creadoras, que modelaron el barro para crear al hombre y formaron un cuerpo en el seno de María (cf. Hb 10,5). Lo recoge en sus manos dadoras de vida (cf. Sal 18,17) y resucitadoras. Esa acogida, ese encuentro, es el "Amén". Es el "sí" de Dios al hombre —"nunca te dejaré"— y el "sí" del hombre a Dios —"aquí estoy para hacer tu voluntad"—.

Y el Padre, que no abandona jamás, regala a cada uno, a su Iglesia, en el día de Pentecostés, el Espíritu de Jesús, que alienta a toda la Iglesia para que confiese, celebre, ore y viva la fe. Por la fe, María acogió la palabra; por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro; por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad; por la fe, los mártires entregaron su vida; por la fe, hombres y mujeres de toda edad y tiempo han consagrado su vida a Cristo... también nosotros vivimos por la fe (cf. *Porta*

escucharemos el mandato de evangelizar, lema de la Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro: «*Id y haced discípulos a todos los pueblos*» (Mt 28,19).

Queridos todos: Confesar, caminar, construir y custodiar son cuatro verbos con "c" que sintetizan las palabras de Jesús y nos ha subrayado el papa Francisco en el inicio de su pontificado. No me miréis a mí, miradle a Él. Con los ojos y el corazón en el Santísimo Cristo de las Mercedes, titular de la cofradía, oramos para hacer vida la palabra: "Señor Jesús, a tu amparo nos acogemos para que *confesemos* en todo lugar y con gozo nuestra fe. Que *camínemos* tras tus huellas como discípulos apasionados que hacen del amor a Ti fundamento y guía de la vida. Que *construyamos* la Iglesia en medio del mundo siendo piedras vivas. Que *custodiemos* la naturaleza, la vida, a los más pobres: el tesoro de las siete palabras. Derrama tus mercedes sobre cada uno de los que estamos aquí, para gozar de tu Gloria, como el Buen Ladrón, en el Reino de los Cielos. Amén".